

MOTÍN Y CADALSO

Cato

Las manos de Cato son tallos granate de arroz. Al frente de su tropa de desharrapados, marcha por el camino, y lo que nace como un susurro en lengua kikongo se transforma en un grito (*¡lukango!*) que su ejército repite como una epifanía. Libertad. Libertad para asentarse en San Agustín, en la Florida española, lejos de los amos británicos, y, si algún colono se cruza en su camino, libertad para pasarlo a cuchillo o ahogarlo en las aguas del río Stono.

Todos van armados. Son una veintena, tanto hombres como mujeres, aunque, a medida que corre la voz, otros se suman al banquete del fragor y la tea: desean que el mundo arda con los plantadores que los oprimen dentro, atados a una estaca.

Cato se llama Jemmy, pero, como sirve a los Cater, todos lo llaman Cato. Llegó en un barco negrero procedente del reino del Congo, donde los misioneros portugueses le enseñaron a leer y a escribir. En los arrozales de Carolina del Sur, descubrió que el destino de su pueblo no era inmutable y que el Dios de los españoles era más benévolos que el de los ingleses. El Dios de los españoles cuidaría de su gente en el fuerte Mosé, al norte de San Agustín, en ese territorio que los blancos se disputan sobre los huesos pálidos de los nativos. Los españoles se han ocupado de que Cato y otros rebeldes sepan que hay un paraíso a la vuelta de la esquina, con su iglesia franciscana y su sacristía, y hasta han sellado en una proclama lo que anuncian los rumores: protección y libertad para los esclavos de las colonias británicas.

Cato no es el primero que huye del mapa de las cicatrices, y, aunque sabe que no todos los cimarrones alcanzan el presidio de San Agustín, le vale la libertad (*¡lukango!*) de los pantanos. La noche previa, convence a su milicia de que el hambre, la fiebre amarilla y los caimanes son preferibles al suplicio del arroz, el algodón o la hoja de tabaco bajo el látigo del sol.

En la mañana del 9 de septiembre de 1739, Cato y su manada se citan en un puente del río Stono. Es el día que los hacendados permiten a los esclavos trabajar por cuenta propia, y la asamblea no les llama la atención. Pero, en realidad, la tribu ya no tiene nada que decirse. Las palabras se

hicieron para la vida y ellos ya están muertos. Irrumpen en el almacén de armas del señor Hutcheson e inscriben los primeros nombres en el martirologio: un tal Robert Bathurst y un tal señor Gibbs, que custodian la tienda.

¿Cuánto durará su fiebre? ¿Unas horas, un día, una semana? ¿Conseguirán que la rebelión se extienda por las plantaciones o sucumbirán con el lucero de la tarde? ¡Qué importa! Durante un instante, serán otros los que bajen la cabeza, y la sangre de sus amos teñirá sus camisas de lino. Por primera vez en muchos años, Cato no siente ningún temor.

Antes de tomar la carretera de Georgia a Saint Augustine, aplacan su sed de venganza en la mansión de un terrateniente, cuyos hijos perecen entre las llamas, pero, más adelante, perdonan a un tabernero que siempre se ha portado bien con ellos. Cuando reivindican la libertad en kikongo, son las selvas del trópico las que modulan el clamor en sus gargantas: los árboles del caucho y los gorilas, el lamento chirriante de los pigargos vocingleros.

No todos comparten sus métodos, pero la templanza es una sombrilla en medio del huracán, y, hasta que escampe, solo queda seguir avanzando a machetazos. El señor Rose se libra de una muerte segura porque uno de sus esclavos lo esconde en el granero. Sin embargo, la esposa del coronel Hext y el capataz de la plantación besan el suelo; y, una tras otra, las mansiones de Pons Pons Road se resignan a su perfil de piras funerarias.

No era lo que Cato había profetizado para esa mañana, pero otros esclavos se alistan en su guerrilla de ron agreste y tambores de guerra. Suenan los tambores, sí, y los hombres beben, poseídos por un resentimiento sin consuelo. La milicia colonial despierta por fin de su letargo, y el vicegobernador William Bull, veterano de Tuscarora, dispone a sus fuerzas para contener la matanza y escarmentar a los rebeldes. Estos, tras recorrer diez millas, hacen un alto para celebrar su precaria victoria y cobrar valor antes de cruzar el río Edisto, de aguas negras y profundas.

Cato se acerca a la orilla y contempla los robles y los tupelos. Ve una canoa abandonada, quizá por un indio cusabo, y, a su espalda, oye a los

danzantes que lo han seguido hasta allí. San Agustín queda muy lejos y el fuerte Mosé es un espejismo.

Cuando despuntó el día, eran solo veinte; ahora son demasiados. Consciente de su fracaso, el cabecilla decide vender cara su piel y, antes de que los jinetes blancos desmonten, amartilla su pistola de chispa. La pólvora de la cazoleta arrea la carga y derriba a uno de sus perseguidores. *Morrer não tem mistério.*

Cuando se levanta la niebla, los milicianos hacen recuento de las bajas propias y las ajenas y hostigan a los fugados con sus mastines cubanos. Algunos pretenden volver a sus plantaciones como si tal cosa, como si esa orgía hubiera sido un mero accidente, y otros logran cruzar a nado el río y se encomiendan al Todopoderoso Dios o la todopoderosa Nsambi.

Cato ha sido herido en el pecho, y su cuerpo, arrojado sin miramientos a una carreta, junto con los despojos de sus hermanos. Sabe lo que le espera: el regocijo del amo Cater y su capataz cuando los milicianos lo arrastren hasta el cadalso y el verdugo le ajuste la soga al cuello.

Aun así, recuerda emocionado su marcha en ese verano moribundo y no se arrepiente de nada. Desde Charleston hasta Georgetown la libertad se asfixia en patíbulos de plántulas y cáscaras, entre mosquitos y serpientes. Él no ha llevado a la muerte a sus camaradas porque sus camaradas, se repite, ya estaban muertos, y algunos, además, han huido por el Edisto. Puede que los más recios o los más afortunados alcancen el fuerte de Mosé y juren ante el gobernador Manuel de Montiano defender a la Corona española hasta la última gota de su sangre.

Cuando la trampilla se abre y su cuello se quiebra, Jemmy canta *lukango, lukango*, mientras el *bom Deus do céu* lo contempla como un padre paciente y tierno y se reza a sí mismo para que nazca pronto el hijo, el capitán que lo salve.